NUMANCIA

DESDE la sombra verde
las vió pasar—solemnes—hacia el templo.
Tórtolas en las manos y guirnaldas
cantaban.
Entre la piedra y el azul durísimo
destacaba su gracia y su pureza.
Dejó el reposo, se ciñó la espada
mirando al río, y alabó de Roma
la medida y el orden.

Por un momento, se apoyó su mano
en la tierra caliente...;
entre los dedos levantó una pálida
calavera de niño. (¿Sonreía,
soñaba aún, horrorizado acaso
fué aquél su último gesto ante la muerte?)
Miró su propia vida
a través de los negros agujeros:
«Niño, no juegues con las armas; niño,
ven, mira, escucha, niño...»

La dejó suavemente entre la hierba.
Se puso en pie. Cantaba
una alondra de mayo.
Quiso olvidar,
se odió a sí mismo odiando
la dureza de Roma.

MERCEDES AGULLO